



## SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – XII

### **Las virtudes naturales, base de las virtudes sobrenaturales.**

Madre María Eugenia – 26 de mayo de 1898

Mis queridas Hijas,

Para continuar con lo que hemos dicho hasta ahora, tendría que entrar en la vida interior y sobrenatural que parece convenir con el espíritu de la Asunción. Sería demasiado largo, y exigiría varios Capítulos; así pues, dejo este tema para mi vuelta, y hoy quiero hablaros sólo de un punto que parece concordar esencialmente con el espíritu de la Asunción y en el que se han fijado, por así decirlo, varias personas que nos conocen, y ven en él la característica de nuestro Instituto. Os citaré sólo a la más ilustre y la más clarividente de estas personas, es el obispo de Poitiers; lo que ha señalado en nuestro espíritu, como muy especialmente nuestro, es la atención a las virtudes naturales.

Fijaos, Hermanas, que hay una base para las virtudes sobrenaturales. Esta base es la de restablecer en sí la rectitud original de la naturaleza. No es todavía la gracia; por debajo de lo que es sobrenatural, de lo que es divino, de lo que es de Jesucristo en el alma, está la rectitud natural con la que Dios ha creado al hombre, y debemos a la honra de Dios, el que la criatura se restablezca en esta rectitud natural. De ahí viene la franqueza, la rectitud, la delicadeza, la sencillez, el honor, la bondad, el valor. Buscad, si queréis, otras virtudes naturales, no las recuerdo todas, os indico solamente el núcleo de estas virtudes. Así pues, Hermanas, es importante que el espíritu de la Asunción se funde en estas virtudes.

Sabéis que la franqueza, la rectitud, son características sin las cuales parece que no se puede vivir en la Asunción. ¿Cómo así y por qué? Hay varias razones: primero a causa de nuestra vocación específica de rendir honor y gloria a Dios; de resumir toda nuestra vida en el “Laus Deo” y también por nuestro amor a la verdad, a la Iglesia, a Jesucristo a quien se debe glorificar, al mostrar al mundo la rectitud natural del hombre tal como Dios lo había creado. Ha sido el pecado el que ha destruido la rectitud, el que ha introducido el disimulo, el que ha borrado el desinterés, la nobleza y el honor. El hombre fue creado recto, leal, sencillo, bueno; y, según deseo de la gloria de Dios, debemos tratar de restablecer las virtudes naturales en nosotras y en los demás; debemos poner mucha atención en las virtudes naturales que sirven de base a las virtudes sobrenaturales. Las personas que nos conocen observan, en nosotras, esa característica especial, y el designio de Dios es que seamos así.

Otra razón muy seria es la misión de la educación que nos incumbe. Comprenderéis, Hermanas, que a la educación hay que darle el espíritu sobrenatural, hay que hacer vivir a Jesucristo en las almas, formar en ellas las ideas de la fe; pero este trabajo de establecer la rectitud natural en el alma ¿no es de todos los días? Desde la infancia, ya hay algo que se desvía. El niño muy pronto es goloso, novelesco, lleno de egoísmo, individualista, con frecuencia es malo; y todo esto por una inclinación que es la consecuencia del pecado. Al ostentar la misión de la educación, tenemos que tener gran celo para restablecer, en nosotras mismas y en las almas que se nos confían, los cimientos de la virtud.

Esto no es todavía la virtud cristiana, no es todavía lo que debe ser la vida de Jesucristo en el alma; pero es un cimiento necesario, porque Nuestro Señor se complace en aquellos que son rectos y que, para preparar el camino del Señor, es preciso, con lo dice el Santo Precursor, enderezar los senderos y rellenar los socavones. Hay socavones en el alma, algo que no es recto, y el trabajo que tenemos que hacer, respecto a las niñas, es el de procurarlas sencillas, francas, leales, generosas, que sean lo más honradas posible en todo lo que es natural. Sobre estos cimientos, se añade luego la gracia que produce efectos maravillosos, implanta algo grande, noble, santo, algo que es para la eternidad.

Aunque parezca raro, una vida sólo piadosa no siempre restablece todo esto. Reconocemos que hay personas piadosas que no han restablecido bien en ellas la rectitud, la generosidad, la entrega, el honor, la lealtad, la franqueza; personas que suman a una cierta piedad mística, cosas que producen mal efecto en el mundo. Diría, naturalmente, que esa clase de piedad es la que más aleja de la Iglesia y de Nuestro Señor Jesucristo. Las gentes del mundo que no son cristianas quieren ver, en el más insignificante de los cristianos, un carácter noble, y encontrar en él aquello que encuentran, algunas veces, en grado notorio en los pecadores.

Así pues, si el pecador está dotado de virtudes naturales, y la persona piadosa que está en estado de gracia, porque frecuenta los sacramentos, no tiene estas virtudes naturales, produce un penoso contraste que no es provechoso ni para la gloria de Nuestro Señor Jesucristo y de la Iglesia, ni para la conversión de los pecadores. Vosotras pues, Hermanas, que estáis llamadas a extender el reino de Jesucristo en las almas, debéis comprender, qué necesario es tener gran cuidado para que todo, en vosotras mismas, y en los demás, sea bueno, amable, sencillo, franco y generoso. Me interesaba insistir mucho, sobre esta característica, porque es especialmente nuestra.

Los Padres de la Asunción, el Padre Picard, el Padre d'Alzon, dicen que, sin la franqueza, no se posee el espíritu de la Asunción; y yo, añadiría que, si no se tiene la bondad, la verdadera bondad, tampoco se posee el espíritu de la Asunción. Ciertamente la bondad es una virtud sobrenatural, pero también es una virtud natural: ofrece los dos aspectos. Exige al alma que se restablezca en la bondad original, y exige también la gracia de Jesucristo que nos hace buenos, porque Él es infinitamente bueno.

Os aconsejo, Hermanas, que cultivéis, en vosotras, este orden de cosas. No existe pecado grave cuando uno se aleja de esto, y he aquí justamente donde está el peligro. Ser cobarde no es un gran pecado.

Una persona que realmente no ha mentado, pero que ha tergiversado un poco, que ha dado una respuesta ingeniosa que no es ni sí ni no, ¿ha pecado? Ha debilitado su carácter y no ha honrado a Dios con ello. Toda persona que, al buscar a Dios, se busca un poco a sí misma, ¿ha pecado?

Toda persona cuyos juicios ordinarios no son benévolos, pero que no los expresa, y que, por consiguiente, no ha murmurado ni calumniado, ¿ha pecado? Si no tengo esta bondad que compadece, que condesciende, que ayuda al que sufre, en una palabra, esta bondad que está en todas las páginas del Evangelio ¿he pecado?

Las personas, que, sin tender a la perfección, quieren, sin embargo, mantener sus almas en una suficiente pureza, algunas veces, se hacen grandes ilusiones en este sentido. Creen que no tienen que hacer ningún esfuerzo para elevarse, para ennoblecerse, para rehacerse, para ser buenas, generosas, leales, y, sin embargo, puede ocurrir que los pecadores sean mejores que ellas. Esto no puede suceder en la Asunción, y os recomiendo, como una de las características de nuestro espíritu, el adquirir este estilo de virtud.